



BATALLA DE CUTRAS.

Como debeis estudiar algun dia no solo nuestra historia sino la extranjera, hace algun tiempo venimos hablando de varios hechos históricos, de célebres batallas, y aun de las disensiones intestinas que la Francia, una de las primeras naciones del mundo, ha legado á la posteridad. Siguiendo pues nuestro propósito, porque lo creemos útil, hoy vamos si no á trazar la biografia, al menos á daros una idea del primero de los Borbones que se ciñó la corona de Francia: de un rey á quien el pueblo llamaba el buen Enrique, y ha pasado á la historia con el nombre de Enrique el Grande.

Era en 1587, y solo era Enrique rey de Navarra. Nació en Pau, en Bearn, el 13 de diciembre de 1554, y nieto de Margarita de Valois, hermana de Francisco I. descendia directamente, por Antonio de Borbon su padre, de Roberto de Francia, conde de Clermont, quinto hijo del santo rey Luis IX. Su madre Juana de Albret, celosa calvinista, le habia educado en esta creencia.

Una guerra horrible, una guerra de religion diezma-ba á la Francia, pues los católicos por una parte y por otra los calvinistas ó hugonotes, como se los llamaba en aquella desgraciada época, daban al mundo un espectáculo bien triste, y con sus propias manos desgarraban el seno de su patria comun.

Enrique III, último príncipe de la rama real de los Valois, reinaba entonces en Francia, y al suceder á su hermano Carlos III, habia heredado su odio contra sus súbditos calvinistas.

Convertido en jefe de los hugonotes por la muerte del príncipe de Condé su tio, y por la del almirante de Coligni, Enrique de Borbon sostenia esta guerra impia sin dolor y sin dificultad. Casi encerrado en el fondo de la Gascuña, procuraba reunir un ejército de alemanes y suizos que iban á socorrerle.

Pero Enrique III, al mismo tiempo que enviaba al asaz famoso duque de Guisa contra los alemanes, dirigia contra el rey de Navarra un ejército mandado por el duque de Joyeuse, uno de sus favoritos.

Los católicos avanzaron rápidamente hácia Liburna para impedir el paso á los hugonotes, é impedir se reunieran á los alemanes, lo cual era ya inútil, pues el duque de Guisa los habia alcanzado en Onó cerca de Chartras, derrotándolos completamente.

Los dos ejércitos se encontraron el 20 de Octubre de 1587 cerca de Cutrás, pequeña poblacion situada á algunas leguas de Burdeos, y al instante se prepararon para entrar en combate. El de los católicos podia compararse con el ejército de Darío, y el de los hugonotes con el de Alejandro.

Sí, porque el ejército del duque de Joyeuse estaba cubierto de oro, lentejuelas, armas damasquinas, brillantes plumas y casacas de terciopelo, con que habían adornado á sus respectivas compañías los señores que las mandaban.

El del rey de Navarra, al contrario, estaba enteramente cubierto de hierro, no teniendo sino armas pardas y sin ningun adorno, grandes valonas de búfalo, y traje de fatiga.

El primero tenia la ventaja del número, seiscientos caballos y mil peones mas que el otro; pero la mitad eran tropas bisoñas sin orden ni disciplina; tenia un general sin autoridad, cien jefes en vez de uno, todos jóvenes educados en las delicias de la corte de Enrique III, con mucho valor y gran corazon, pero desprovistos de experiencia.

El otro se componia de soldados escogidos, de antiguos restos de Jarnac y de Moncontur (batallas célebres ganadas contra los hugonotes por Enrique III cuando solo era duque de Anjou), de hombres criados en el oficio, endurecidos por el choque continuo de la adversidad y los combates. Tenia á la cabeza tres príncipes de la sangre, el rey de Navarra, el príncipe de Condé y el conde de Soissons, el primero de los cuales era muy querido como heredero presuntivo de la corona, el amor de los soldados y la esperanza de los buenos franceses. Además de esto, estimulaba al ejército la necesidad de vencer ó morir, la cual es mas fuerte que el acero y el bronce.

Los hugonotes no debian en efecto esperar gracia ni cuartel de los católicos. Los dos jefes habian formado su ejército en batalla, y estaban ya para venir á las manos, cuando el ministro que, segun costumbre entre los calvinistas, debia hacer la plegaria, se adelantó hácia Enrique y le declaró públicamente que el cielo no bendeciría sus armas si no prometia á Dios reparar una falta grave que habia cometido en la Rochela.

Enrique hubiera podido tener como muy importu-

:

no el momento escogido para este acto; sin embargo no lo manifiesta, se pone de rodillas, pide perdón á Dios de su culpa, y jura que si se libra de los peligros que va á correr, dará á los ofendidos todas las reparaciones que exijan. Esta humildad, tan política como cristiana, fué seguida de una plegaria general, y al ver de rodillas á los hugonotes, exclama el duque de Joyeuse, burlándose de ellos:

—Son nuestros, puesto que tiemblan!

—No, no, Monseñor, no lo creais, le dijo el valiente Devaux; ahora se hacen los devotos, pero luego se batirán como leones.

Terminado el rezo, y dispuesto á empezar la acción, Enrique se vuelve con viveza hácia los príncipes de Condé y de Soissons, y les dice con entusiasmo y confianza.

—Primos, acordaos que sois de la sangre de los Borbones; por lo que á mí hace, vive Dios que os voy á demostrar que soy vuestro primogénito!

—Y nosotros, respondieron los príncipes, os probaremos que somos buenos segundones!

A las nueve de la mañana empieza la batalla, y unos y otros embisten con valor; pero los católicos logran desde luego la ventaja, pues el marqués de Lavardin y el capitán Mercurio caen con tanto ímpetu sobre los gascones, excelentes tropas mandadas por la Tremouille y de Harambures, que rompen sus filas. Las demás tropas, en las cuales tenía Enrique menos confianza, y que muchas veces habían oído con impaciencia los elogios que dirigía á sus gascones, se ponen entonces á gritar con Montaussier, uno de sus jefes:

«Al menos no se dirá esta vez que los saintongenes y los poitevinos han sido los primeros derrotados!

Los gascones furiosos de este descalabro, vuelven á la carga, y solo procuran rivalizar en valor y entusiasmo con las valientes tropas de Saintonge y del Poitou.

Entre tanto, la Tremouille, abandonado al principio por sus soldados, se había reunido al escuadrón del vizconde de Turena, que es roto á su vez por el coman-

dante católico Montigni. Las tropas de Joyeuse, viendo en derrota la caballería de los protestantes, gritan: victoria! pero Enrique ha colocado tan ventajosamente su artillería, está tan bien servida y hace un fuego tan terrible que barre á los católicos y contiene sus triunfos.

Para librarse de sus mortíferas descargas, Joyeuse se vé obligado á mandar que sus tropas ejecuten un movimiento que altera su orden de batalla. Belsance y Montgomery que mandan el ala izquierda de los hugonotes notan el desorden que causa en ellos este movimiento, y gritan á sus soldados:

«Hijos, es preciso perecer; pero es preciso que sea en medio de los enemigos: ea pues, espada en mano porque ya son inútiles los arcabuzes!»

A la cabeza de un batallon de solo trescientos hombres, marchan sobre la infantería católica, y la rompen despues de un choque terrible. La infantería del ala derecha del rey de Navarra sigue su ejemplo, y no desplega menos valor; el capitán Charbonniers pone en fuga á los regimientos de Picardía y de Tiercelin, y todo cede, todo sucumbe ante la audacia y la intrepidez de estas valientes tropas.

De este modo en pocos instantes reparó en todas partes la infantería de los hugonotes la derrota de su caballería.

Joyeuse para aprovechar sus primeras ventajas, se habia adelantado con el objeto de atacar á los escuadrones del rey de Navarra y del príncipe de Condé, que aun no habian entrado en accion; habia dividido su caballería en tres cuerpos para embestir al mismo tiempo á los escuadrones de los tres príncipes; pero temia que habérselas con veteranos acostumbrados á recibir las mas rudas descargas con intrepidez. Aunque valiente hasta rayar en temerario, el duque atacó con tan poco orden, que pronto fué derrotado. Enrique sobrepujaba á sus guerreros mas valerosos; siempre delante, advierte sin embargo en el calor de la accion que muchos oficiales suyos le cubren y le defienden.

«Al cuartel, les grita; os ruego que me dejéis desembarazado, porque quiero que el enemigo me vea cara á cara!»

Corre dicho esto, rompe las primeras filas de los católicos, y hace prisionero entre otros al bravo Chateau-Regnard, portaestandarte de gendarmes, al cual cogió diciéndole:

«Ríndete, filisteo!»

En aquel momento, no obstante, corrió grave riesgo; cercado por todas partes, un caballero católico le cogió á su vez, y le dió sobre el casco muchos golpes con un pedazo de su sable que acababa de romperse. Por fortuna acudió uno de los suyos y maló al caballero enemigo.

En el momento en que Joyeuse quedó derrotado, fué completa la de sus tropas. Los soldados huían; pero todos aquellos señoritos, todos aquellos cortesanos dorados y brillantes que combatían á sus órdenes, murieron en su puesto, cubiertos de honrosas heridas.

San Lucas, uno de los primeros oficiales del ejército católico, iba á caer prisionero cuando descubre al príncipe de Condé que persigue á los vencidos con ardor. Particularmente detestado por este príncipe, conociendo que no le daría cuartel, le acomete con la lanza en ristre, le derriba del caballo al golpe que le da en la coraza, y despues echando pié á tierra le presenta la mano para levantarle, diciéndole:

«Monseñor, soy vuestro prisionero.»

Condé, tan generoso como valiente, admirando su valor y su presencia de ánimo, le responde abrazándole:

«La amistad reemplaza al odio.»

Condé lo cubre con su proteccion, y le pone en seguridad.

El duque de Joyeuse no fué tan feliz; viendo perdida la batalla, huía solo, y procuraba reunirse á su artillería, cuando de pronto le rodean muchos oficiales hugonotes; les entrega su espada, y les ofrece cien mil

escudos por su rescate; pero mientras regateaba de este modo para obtener la vida, llega Lamotte de San Heraye, y olvidando que el duque solo es un enemigo vencido, le derriba cobardemente de un pistoletazo.

Entre tanto los fugitivos habian hecho alto, y á los lejos á través del polvo creyeron algunos por un momento que era el mariscal de Matignon que se adelantaba á la cabeza de otro ejército de católicos.

«Tanto mejor, exclamó Enrique con la mayor alegría; con eso alguna vez se habrán visto dos batallas en un dia.»

La de Cutrás solo habia durado una hora. El rey de Navarra con cuatro mil infantes y mil doscientos ginetes mal montados habia derrotado tan completamente al ejército católico, que de cinco mil hombres de infantería y dos mil quinientos caballos, mas de tres mil infantes habian quedado en el campo de batalla, asi como la mayor parte de la caballería.

La valentia de los hugonotes y el heroico valor de Enrique fueron sin duda las causas principales de la victoria; pero sus talentos militares contribuyeron todavía mas, pues sacó un partido admirable de algunos arcabuceros que habia colocado en los flancos de los diferentes cuerpos de su infantería. Divididos en pelotones de quinientos hombres de frente, y de cuatro en fondo, la primera de cuyas filas estaba echada en tierra y la segunda de rodillas; los hombres de la tercera estaban inclinados y los de la cuarta en pié; debian esperar á la caballería enemiga á pié firme, y no tirar hasta que estuviese á veinte pasos, lo cual podian hacer todos juntos. Estos arcabuceros hicieron milagros en Cutrás, y de cada descarga diezaban á los hombres de armas católicos antes que estos se halláran ni siquiera al alcance de las lanzas.

Las pérdidas de Enrique fueron poco considerables, y esta victoria le honró tanto mas, cuanto que fué el primero que tuvo la gloria de ganar una batalla formal en favor de un partido que siempre habia sido derro-

tado al mando de los mejores generales. En efecto, los primeros jefes de los hugonotes habian sido Condé y Coligny, dos de los hombres de guerra mas grandes de su tiempo.

Usó de la victoria del modo mas generoso, pues conocia no solo que los vencidos debian ser sus súbditos algun día, sino tambien que eran franceses.

Se trasladó á donde se hallaban los heridos, y mandó que los cuidasen bien despues de socorrerles. Soltó sin rescate á la mayor parte de los prisioneros, colmó de regalos á algunos, devolvió á otros sus banderas, y mandó celebrar magníficos funerales por el duque de Joyeuse.

La noche de la batalla hallábase cenando, y le llevaron joyas y otras ricas bagatelas que pertenecian al desgraciado jefe del ejército católico; pero él las rechazó con desden, diciendo:

«Llevaos eso, pues solo es propio de comediantes envanecerse con los ricos vestidos que llevan. El verdadero adorno de un general es el valor y la presencia de espíritu en una batalla, y despues de la victoria la clemencia.»

